

Juan Carlos

ZAPATA HÍJAR

Tribunal Superior de Justicia de Aragón

Luz

LEARTE ÁLVAREZ

● ● ● ● NOTAS PARA UN MAESTRO





José Luis González Uriol con Gloria Martínez y los autores del artículo en el Salón de Actos de la CAI (Zaragoza) el 21 de febrero de 2013. (Fotografía Juan Carlos Zapata Híjar)



Ni mi mujer, ni yo, somos músicos. Estamos aquí en la condición de amigos de José Luis González Uriol. Fue profesor durante toda su vida, por lo que ya es hora de que alguien le ponga nota. A ello vamos.

Los inicios

Todo comenzó cuando mi mujer Luz Learte Álvarez, que trabajaba en el Conservatorio Superior de Música de Aragón (en adelante CSMA, como le llaman los iniciados), me dijo: «Amorín, he quedado con José Luis y con Gloria para comer. Nos iremos después de trabajar. No volveré tarde». Luz trabajaba en aquella época en la secretaría del Conservatorio. En realidad, ella y su compañera de oficina eran las jefas del cotarro, si me atengo a la escasa información que un marido tiene del trabajo de su mujer. Quiero decir con ello que conocían a todo el mundo que por allí pasaba. Daba lo mismo que fueran alumnos, profesores, proveedores, inspectores de Educación —a veces los más temibles— o jefes. Dentro de estos últimos y en las distintas categorías de esa rara institución administrativo-educativo-cultural en la que se encuadra el CSMA, ubico en mi memoria como verdaderos jefes al director y al secretario, como si fueran el general y el comandante y tras ellos un sinnúmero de jefes de Departamento, Sección, miembros de comisiones, comités, tribunales, jurados y demás que salían en conversaciones diversas, a los que francamente he desistido de ubicar jerárquicamente en la estructura del CSMA. Pues bien, José Luis González Uriol o Uriolito, como sorpresivamente lo citaba mi mujer, o Uri como lo tiene nombrado en su *wasap* —sí, lo reconozco, lo he mirado en varias ocasiones—, no encajaba en ninguna de las categorías antedichas. Después he sabido que fue en su día, entre otros muchos cargos, director de Conservatorio, ya no sé si del Superior, del Profesional o del Elemental, o de todos ellos sucesivamente, porque, francamente, también desisto de ubicarlo administrativamente, de la cantidad de cargos que ha tenido. Lo que tengo claro es que siempre estaba allí y, qué casualidad, siempre estaba cerca de mi señora, hasta el punto de generar esa amistad que les llevaba a disfrutar de esas comidas tan señaladas. Yo he de decir que al principio estaba tranquilo. Nunca había sido un amante de la música antigua, aunque sí que conocía a José Luis González Uriol. En aquella época si conectabas por la noche Antena Aragón HD —alta definición para todos—, no me digan por qué pero era adicto, salía en una proyección sin fin que se repetía de continuo, tocando el órgano de La Seo y, claro, yo veía a un señor elegante, pero, como decimos aquí, ya maduro, con su melena larga y plateada como la llevan todos los intérpretes de música clásica que se precien y pensaba: «Es un señor mayor, no

tengo que tener precaución alguna». Gran error. Luego me he dado cuenta, al conocerlo más profunda y cercanamente: José Luis es un artista y, como tal, es una persona que vive para encantarnos. Como diríamos en esta tierra, José Luis es un embaucador. Con su sonrisa cercada por ese par de mofletes, con sus ojos directos y desgastados de tanto mirar y recrear música y, sobre todo, con esa risa fácil y rápida que continuamente te reconcilia con el mundo. Como cualquier creador, José Luis está específicamente ideado para cautivarnos, para hacernos llevar melodiosamente a mundos distintos y especiales. Por eso, señores, no se fíen nunca. Si no le basta con su persona, utilizará la música que sale de su corazón, pero finalmente lo conseguirá. Nos conquistará. Como le pasó a mi mujer, enamora a quien cita. Y esto no es lo peor, con el tiempo, he de reconocerlo, también yo estoy prendado de su figura. Por eso la primera nota de este sesudo trabajo dedicado a su persona debe ser

José Luis González Uriol es un conquistador.

Mi encuentro con el maestro

Ya va siendo momento de que me presente. Soy Juan Carlos Zapata Híjar y, como vamos viendo, estoy aquí por ser el marido de Luz. Mi relación con José Luis siempre ha sido vista desde esta perspectiva. Soy la persona que acompaña a su amiga en tantos eventos, a los que he sido invitado y que se queda un paso más atrás cuando se encuentran y se abrazan y besan y se dicen lindezas, tales como «cada día estás más joven» o «eres la más guapa del concierto, sin duda». Ya van comprobando mis conclusiones, verdad. Pues bien, además de este papel secundario en este estudio, también he de decirles que soy juez, ahora el presidente de la Sala de lo Contencioso Administrativo del Tribunal Superior de Justicia de Aragón. He de hacer notar que José Luis se ha aprendido mi cargo con rapidez semifísica y, no solo eso, sabe incluso a qué me dedico y cuáles son los casos que resuelvo. Y es que no podemos olvidar que siempre ha tratado con estamentos complicados, como la Administración y la Iglesia, donde es imprescindible saber con quién hablas y, lo que es más importante, a qué se dedica quien tienes enfrente. Pues bien, con la confianza temeraria que me dio este papel de comparsa, el día que tuve que preparar la fiesta sorpresa de cumpleaños de Luz —no viene al caso qué edad se festejaba— llamé a José Luis para proponerle que tocara en la fiesta. Sí, estamos hablando del organista honorario de La Seo, del experto en música antigua de la Institución «Fernando el Católico» de la Diputación Provincial de Zaragoza, de un organista de primer nivel internacional. Cualquiera hubiera puesto la más peregrina excusa para no hacerlo, pero José Luis es distinto. No solo me dijo que sí, sino que me dijo: «Vamos a tocar Glorietta y yo». Glorietta es Gloria Martínez, sí, la que se iba a comer con ellos, que toca deliciosamente y con unos dedos mágicos el arpa barroca. En los preparativos nos empezamos a conocer y me di cuenta de lo especial que era. Cuando quedábamos e íbamos a tomar algo el maestro pedía «campari con zumo de naranja». Y yo pensaba: hace falta tener mucho glamur y haber viajado mucho para pedir eso en Zaragoza. Pero después, todo era sencillez y cariño hacia todos. Cuando lo pienso ahora, simplemente creo que estábamos locos, pero qué fantástica locura fue acudir con mis hijos al CSMA a cargar con la espineta y con el arpa —espero que todo aquello que hicimos allí ya haya

prescrito— recuerdo la cara de mi mujer, cuando sonó el cumpleaños feliz, como si José Luis y Gloria estuvieran tocando a la mismísima Isabel de Portugal. Toda la familia y amigos escuchando esa música metálica y envolvente que ya no olvidarán nunca. Un concierto alucinante de música antigua en los bajos de una peña. Tras ello un arroz negro del que dio cuenta el maestro, de forma abundante. Lo cortés no quita lo valiente. Que sepa todo el mundo y doy la noticia de alcance que era la primera vez que tocaban juntos. Una pareja que se repetiría para solaz de todos. Segunda nota.

José Luis González Uriol es un caballero.

El concierto del 25 aniversario del Tribunal Superior de Justicia de Aragón

Tras muchos más camparis y otras tantas comidas y francachelas, me tocó formar parte de la organización de los actos que pretendían conmemorar el 25

Concierto celebrado en el patio del palacio de los condes de Morata (Zaragoza) —sede del Tribunal Superior de Justicia de Aragón— con motivo de la conmemoración del XXV aniversario de la creación de dicho Tribunal, en mayo de 2014. (Fotografía Juan Carlos Zapata Híjar)



aniversario de la constitución del Tribunal Superior de Justicia de Aragón. Yo lo tuve claro desde el principio, debíamos ofrecer un concierto del maestro Uriol con Gloria Martínez. Clave y arpa unidos. El resto de la comisión de la organización pensó igual. Y lo hizo porque José Luis y Gloria representan lo que queríamos ofertar a la sociedad. Música para alegrarnos en la conmemoración de una fecha tan señalada para nosotros: las bodas de plata del Tribunal Superior de Justicia de Aragón. Recuerdo el orgullo que sintieron cuando les propuse la idea. El cariño y la profesionalidad preparando el concierto. La lluvia que obligó a cambiar el escenario. Las dudas sobre la resistencia de los pasillos. Pero, finalmente, el 20 de mayo de 2014, en un marco incomparable, en el patio del propio Tribunal, el maravilloso Palacio de los Condes de Morata, o de los Luna o de los maceros, pues por todos los nombres se conoce, adornado y orlado para la ocasión, sonó delicioso. Tuve el honor de presentar el concierto y esto dije:

Crear hace veinticinco años en cada Comunidad Autónoma, un Tribunal Superior de Justicia con competencias en derecho propio, en derecho foral, fue crucial en la vertebración y puesta en marcha de la estructura territorial del Estado. Por eso nos pareció importante festejarlo, no solo con actividades jurídicas o institucionales, sino también con un concierto, —permítanme la comparación— con una especie de *tedeum*, una acción de gracias. Pues así nos sentimos, agradecidos a tantos y tantos que, cada uno desde su responsabilidad y bajo estos muros, han hecho posible la prestación de justicia en este nuestro Aragón, durante estos veinticinco años.

Y para ello hemos encargado a dos aragoneses de corazón que hagan conjugar música con justicia. Nosotros —los jueces— que sabemos lo difícil que es dar a cada uno lo suyo y hacerlo en su tiempo, nos sentimos maravillados cuando el tiempo y la elegancia se aúnan. Gloria Martínez, una gloria de arpista, y José Luis González Uriol, un maestro del órgano, del clavicordio, del clavicémbalo, nos van a ofrecer un delicioso programa, con piezas que van desde el siglo XVI al siglo XX.

Comenzarán con una pavana con su glosa, danza real solemne y lenta como un viejo procedimiento de mayor cuantía. Nos alegrarán con las *Diferencias sobre la gallarda milanese*, rápida y espirituosa como un auto de medidas cautelares. Sonarán sonatas y zarabandas, haciendo dialogar al clavicémbalo con el arpa, como preguntan y responden testigos y partes en un juicio oral.

Hoy la música y la justicia van de la mano. Porque ya dijo Víctor Hugo que la música, es como la lucha contra la injusticia «expresa todo aquello que no puede decirse con palabras, pero que no puede permanecer en silencio». Y añado yo, las dos tienen algo en común: Nacen de lo más profundo de la sensibilidad humana.

Al final, el corazón que pusieron en el concierto amansó las frías cabezas de la gente del derecho. Y, una vez más, sorprendió entre la concurrencia la vigencia de una música y unos instrumentos eternos. Nunca ha tenido mejor música un Tribunal, nadie ha podido sacar de esas rocas renacentistas, por las que tanta vida y batallas ha pasado, tanto ritmo y emoción. Un detalle. José Luis se equivocó en la ejecución de una pieza. Todos quedamos parados, no sabíamos si era parte de la composición o error del artista. José Luis levantó la cabeza, pidió perdón y siguió deslizando sus dedos sobre el teclado. Tercera nota.

Un concierto en La Seo

Es difícil resumir la obra de un grande como es José Luis González Uriol. Siempre que hemos podido hemos ido a sus conciertos. Sé que le encanta que vaya Luz y a mí, poco a poco, me ha dejado entrar en esos momentos previos a la ejecución, tan sagrados como el recogimiento de un sacerdote previo a la liturgia. Lo digo así porque es sabido que José Luis participa del rito religioso y lo engrandece. Desde que de pequeño le hicieron monaguillo, ha pasado más tiempo dentro de las iglesias que fuera de ellas. Es lógico, los verdaderos y maravillosos órganos de Aragón, España, Europa y el resto del mundo le reclaman. Cuando José Luis toca el órgano, la iglesia se embellece, cobran sentido cada una de las imágenes que se veneran, cada uno de los ritos que nos acompañan en el rezo. Es organista honorario de La Seo y es creador y continuador de esa gran aventura internacional, el «Festival de Música Antigua de Daroca». No creo exagerar si digo que ha tocado en todos los órganos de Aragón. Recuerdo un concierto que dio con su inseparable Javier Artigas Pina, formando «La Oropéndola», en la iglesia de Fuentes de Ebro, el 12 de septiembre de 2011. Tuvimos el honor de oírlo desde el coro. Ayudándolos. Pasando las páginas de las partituras, que siempre me parecieron como un antifonario. No puedo olvidar el placer intenso y recogido al oír el órgano del Patio de la Infanta, en Zaragoza. Ese órgano del que tan orgulloso está. José Luis nos ha brindado momentos maravillosos. El 9 de abril de 2014, tocando el órgano de La Seo, con coro de cámara. Memorable. El concierto de Navidad del 22 de diciembre de 2015, con la Escolanía de Infantes y el Coro Musicaire. Grandioso. José Luis también ha dedicado tiempo a recuperar instrumentos imprescindibles para su música y para la historia de Aragón. Nuestra amistad nunca se ha puesto en juego y ha sufrido cuando sufren sus amigos. Cuando Luz sufrió un derrame cerebral y quedó limitada de movimientos, no veía el momento de invitarnos a sus conciertos. El día 13 de marzo de 2017 tocaba en La Seo y nos dijo que fuéramos. Lo que nos pasó lo conté en el *Heraldo de Aragón* en una carta al Director, en la que decía:

Mi mujer y yo somos dos enamorados del patrimonio aragonés, que tanto cuesta preservar y admirar, como bien sabemos los de aquí. De entre todas las joyas hay dos que nos gustan en demasía. La catedral de La Seo y el organista José Luis González Uriol. El martes pasado coincidieron en espacio y tiempo estas dos maravillas, pues por cortesía del Cabildo Metropolitano, el maestro tocaba el órgano de La Seo. Y allí que fuimos. Era la primera vez que mi mujer iba a la plaza de las Catedrales desde el ictus. Su movilidad es limitada, pero no quisimos coger la silla de ruedas y caminamos mecidos por el cierzo aragonés desde el aparcamiento del Ayuntamiento hasta la puerta de la catedral. Todos los parroquianos nos adelantaban, pero no le dimos importancia, pues pensábamos que las puertas del templo siempre están abiertas para los hombres de buena voluntad y más, digo yo, para los que con esfuerzo nos encaminamos. Llegamos a las 7.40 y había una cola de unas veinte personas. En ese momento un señor, viendo que la fila no se movía, se adelantó y preguntó. No había nada que hacer. El aforo está lleno y no se permite escuchar el concierto de pie. Está de más decir la cara que se nos quedó. Hubo gente que se quedó a esperar por si alguien se arrepentía. Aprovechamos la salida y nos fuimos a nuestro paso a otra joya del patrimonio, el Pilar. Allí, como había misa, no había limitado el aforo y se podía estar sentado, de pie o en éxtasis, como quisieran los parroquianos. Parece ser que la seguridad de las personas y bienes es distinta, según quién oficia. Entramos y quisimos encender

una vela. No tenía monedas. Pero pedimos por todos y en particular ese día porque los gobernantes de La Seo no pongan trabas sin sentido en el disfrute de nuestro Patrimonio.

Recuerdo el enfado del maestro cuando se lo contaba, pues no nos vio en el concierto y no pudo bajar a ayudarnos. Y recuerdo ese interés en que escribiera lo sucedido, para que no volviera a pasar. Que haya estado siempre con el clero, como veis, no le ha quitado nunca un ápice de valentía y de verdad. Cuarta nota.

José Luis engrandece la palabra amistad.

Resumen y conclusión

Es difícil resumir, en unas notas prisioneras del tiempo, lo que todo el mundo intuye de José Luis González Uriol. Yo puedo decir que un gran hombre no tiene por qué ser despótico, ni lejano, ni arrogante, para cultivar y dar a conocer su arte. Al contrario, si es generoso, empático, divertido, brillante y enormemente cariñoso, su leyenda será más grande. Tiene defectos. No le gusta que cuando le paran por la calle, le digan «Buenos días, D. Antón García Abril» —lo siento José Luis, no he podido dejar de contarlo—. Enamorado de sus nietas, tremendamente zaragozano y aragonés, sufre con el olvido con que otros castigan esta tierra, pero por eso trabaja sin descanso y vive la vida con intensidad y emoción y da gusto disfrutar de su risa y su pillería. Nada del mundo musical le es ajeno. Conoce a todos y sabe de qué pie cojean los que intervienen en este caleidoscopio tan peculiar.

Desde los primeros tiempos que nos conocemos, yo le llamo «maestro» y él me contesta «señoría». Yo sé que tarde o temprano, dejaré de ser «señoría», cuando me jubile, pero él nunca dejará de ser maestro, porque si algo tengo claro —y él también— es que los verdaderos maestros nunca se jubilan.

Hablo por mí y por mi mujer, cuando digo: Gracias maestro. Gracias por dejarnos ser dos pequeñas notas en la partitura de tu existencia. Nota final.

José Luis es y será un maestro eterno.